

José Luis Borau
AMOR LETOH

Así se leía, visto al revés, el anuncio luminoso del hotel cuya parte trasera daba, como la de la casa de mis padres, a un patio de vecindad. Me llevó años descubrir su verdadero nombre pues en la mente de un niño cabe que **LETOH** signifique **HOTEL**, pese a que la L y la E caigan al contrario, con el palo alto y las púas a la derecha en vez de a la izquierda, pero no que **AMOR**, desde el lugar debido, represente **ROMA**.

De descubrirlo a tiempo, hubiera encontrado razonables los comentarios de mi madre cuando hablaba de trigo sucio y ponía mala cara al establecimiento en cuestión, ante la indiferencia paterna. Aparte de corresponder a la plaza situada enfrente de su fachada principal, rebautizada tras la Guerra Civil, tal nombre sugería para mí un lugar perverso en cuyo circo los leones se comían a los cristianos, y aquí, en nuestra España, sus legiones ponían cerco a Numancia, obligando a la gente a quemarse viva.

Aquel error infantil, o su primera parte, cayó tan bien que, durante años, mis padres se referían a ése y a cualquier otro hotel como un **letoh**. Y hablaban entre ellos de que en la ciudad ningún **letoh** pasaba de las cuatro estrellas o de que en un **letoh**, por muy bueno que fuera, siempre se comía caro y mal.

En cambio, **Amor** sonaba un tanto cursi, pero nada más. Luego, perdida ya la inocencia -o eso creía uno por el mero hecho de estar al cabo de la calle de donde venían los niños-, atribuí aquella resistencia para leer correctamente el topónimo, habiendo aceptado sin problemas el disparate anejo, a una especie de barrunto primerizo. Dicen que la mayoría de los humanos arrastramos tales presentimientos desde la cuna, quizá desde el mismo útero materno.

En cualquier caso, lo cierto es que con la respetable carga de diecisiete años a la espalda, y en plena preparación del examen de Estado, me dio durante las correspondientes noches de mayo y junio por levantar la cabeza de los libros a cada rato para espiar a los huéspedes del **letoH** que pudieran volver de cenar fuera y se aviaran para la noche.

Pertrechado con unos gemelos de nácar, herencia de cierta tía abuela y devueltos a su lugar cada mañana para que nadie, sobre todo mi madre, estricta vigilante del orden hogareño, pudiera echarlos en falta, trataba de sorprender a través de las ventanas abiertas al calor primaveral, escenas íntimas con mujeres desnudándose en el cuarto de baño, revolcones de parejas sobre un lecho aún sin deshacer o cosas por el estilo.

He de reconocer que, en general, no fui muy afortunado. Apenas pasaba de columbrar algún caballero en calzoncillos discutiendo con su cónyuge o a una madre y su hija revisando las compras hechas durante el día, dejando a un lado el peregrino caso de cierta señora que, apenas entraba en el cuarto, corría al armario para sacar una madeja de lana y, sentada al pie de la cama, comenzar a devanarla sirviéndose del respaldo de una silla.

Sólo en cierta ocasión pesqué algo de sustancia aunque fuera visto y no visto porque, aparte de que ella cayó en la cuenta en el acto -nunca mejor dicho-, y se apresuró a bajar de golpe la persiana, el cuadro me cogió tan de sorpresa que ni yo mismo acerté a comprender su significado hasta pasados algunos segundos. ¡Una tía acariciándose el chichi, nada menos!

No necesitaba uno tanto, ni la mitad ni un cuarto siquiera, para masturbarse ante la Química Orgánica o a los apuntes de Historia, con riesgo de manchar más que libros y cuadernos -la presión, con ser considerable, no daba para tanto- una almohadilla, colocada a efectos de aliviar la dureza del asiento, pese a que, en previsión, soliera cubrirla con media toalla doblada. La verdad es que acababa entregándome al mismo placer aunque no llegara a distinguir nada ni en el **letoH** ni en el resto del vecindario. El simple hecho de pensar en tamaño espionaje, considerado como una infracción de órdago, me ponía a cien aunque nos encontrásemos todos en plena cena familiar, y se hablara del tema más tonto del mundo.

Naturalmente, había tomado buena nota de la ventana en cuestión -la tercera del piso bajo contando desde la izquierda, todavía lo recuerdo-, y a partir del día de marras dirigía mi atención hacia allí antes que a ningún otro hueco del patio. Sabía que en un **letoH**, y más de las características de aquél, los clientes suelen renovarse casi a diario. La víctima habría de tratarse por fuerza de alguien que estuviera de paso, viajera de la cercana Estación del Mediodía quizá, cuyos avisos y campanadas del tren resonaban en las paredes de mi cuarto, por encima incluso de la pieza que alguien interpretaba -de ocho y media a diez, y de diez y media a once- en la planta principal del **amor**. Nada de residentes o mediopensionistas, a excepción de la señora de la madeja, que tampoco debía de ser huésped fija pues un día desapareció por las buenas.

La probabilidad de que aquella mujer, *la mía*, continuara en el mismo cuarto resultaba, por tanto, mínima. Pero uno seguía ojo avizor, a la espera de que el dichoso rectángulo se iluminara de pronto, y quien ahora creía recordar como auténtica belleza pese a la fugacidad con que pude avistarla en su momento, irrumpiera para, una vez cumplidos los trámites de rigor, limpiarse los dientes, cepillarse el pelo, etc., ir prescindiendo poco a poco de la ropa hasta quedar mismamente como su madre la echara al mundo.

A renglón seguido y por parte de ambos, aun cuando ella no llegase a sospecharlo, vendría el estruje. Confiaba en que tal noche no se acordara para nada de la persiana o que, de volver a echarla, le quedara a uno por lo menos el consuelo de saber lo que ella estaba haciendo al mismo tiempo, con lo cual el placer habría de resultar casi tan grande como el del primer sofocón.

No lo conseguí, claro. Nunca ninguna mujer volvió al cuarto de mis desvelos, cuya ventana permanecía cerrada a cal y canto apenas caía la luz de la tarde. Por la mañana, sí veía entrar y salir a camareras e incluso asomarse alguna de ellas para lanzar cualquier gorrinada al patio, pues por entonces el uso del aspirador distaba de ser amplio. No debía de tratarse de la misma persona pero tampoco cabía estar muy seguro porque, a esas horas ya he dicho que no disponía de los gemelos de la tía Guadalupe. Mi madre podría echarlos

en falta sólo con abrir el cajón superior de la cómoda donde yacían, guardados en una bolsita de terciopelo rojo, junto al devocionario de piel. Por otra parte, no disponía de tan buena vista como para identificar a una fémina desde semejante distancia sin ayuda óptica. Pasados algunos meses, apenas ingresado en la Facultad, un oculista amigo de mi padre habría de dictaminarme miopía incipiente.

Coronados los exámenes con relativa fortuna -un aprobado raso-, mi padre me dio como premio un billete de quinientas pesetas, verdadera fortuna a la sazón, no sin advertir que con ellas habría de tirar por una buena temporada. Así que me sentía con cuerda para rato y, ya con tiempo libre hasta agosto, cuando el clan entero emigraríamos por un mes al pueblo de los abuelos paternos, decidí llevar el acoso y derribo de la fémina en cuestión bastante más lejos. Tan lejos como pudiera.

Y empecé por rondar la puerta del **amoR** para descubrir a **mi** huésped. Quién sabe, a lo mejor, aun tratándose de otra mujer, cabría la posibilidad de establecer contacto con ella, hablarle, engatusarla no sabía muy bien cómo, y conseguir que me invitara a su cubículo. Había oído decir que existen féminas viciosas que no aguantan la soledad ni siquiera por una noche, sobre todo cuando un hombre barbilampión, cual era mi caso aún, se les pone a tiro. El busilis consistía en identificarlas a tiempo y luego en saber tocarles el trigémino como, en un sentido figurado supongo, aseguraba el hermano mayor del amigo Nogales, que iba a segundo de Medicina.

Para mi sorpresa, resultó que allí se albergaban muy pocas mujeres solas. Casi todas entraban y salían del Roma con sus maridos, con su madre o con quien fuera. Cuando llegaban sin compañía, y uno comenzaba a ilusionarse, aparecían al cabo del rato colgadas del correspondiente brazo ajeno, eso suponiendo que se las volviera a ver porque la mayoría, una vez en el **letoH**, no se molestaban en pisar de nuevo la calle.

Sin embargo, tras el desánimo inicial, me recuperé al pensar que justo entre estas últimas, las que podríamos llamar caseras, era donde existía cierta posibilidad por muy remota que fuera. Quizá alguna volviese al hotel para cenar sola y, antes de subir al cuarto dando por concluida la jornada, quizá decidiera fumarse un cigarrillo en el bar, disfrutando de la misma música que me bombardeara noche tras noche en las últimas semanas.

Esa mujer habría paladeado, es un decir, la ramplona versión de *Again* o *Mirando al mar* o *Cerezo rosa, manzano en flor*, y luego, con el alma encogida, lanzaría una mirada en derredor antes de levantarse rumbo a los ascensores. Era el momento de buscar algún pretexto - ¿tiene fuego? ¿sabe la hora? ¿cómo se llama esta canción?-, para invitarla a otra copa, y ver hasta dónde daba de sí lo que nosotros, los amigos, entendíamos por *rollo macabeo*.

Disponía de un solo traje completo, eso sí, flamante. Un traje príncipe de Gales cortado por el sastre de mi padre para que pudiera

presentarme con buen aspecto al examen de Estado. En tal sentido, al menos, no tenía problema. Por entonces a ningún muchacho se le hubiera ocurrido entrar en un hotel en mangas de camisa o con un simple **polo**, como solíamos ir todos en verano. Mi madre, y hasta mi hermana, que no se caracterizaba por decir cosas agradables, habían celebrado tanta apostura. "Pareces otro", dijo la segunda.

Así que un día, al atardecer, me puse el terno, y empujé la puerta de cristales del **amoR**. Ya dentro, comprendí al punto que se trataba de un **letoh** modesto, más incluso de lo que aparentaba por fuera. El vestíbulo resultaba estrecho y el salón en que éste confluía se adivinaba exiguo. No había comedor y en cuanto a ascensores, sólo disponían de uno con puerta de ojo de buey y el consabido letrero encima, usado asimismo de montacargas.

Tras el *comptoir*, como lo hubiera llamado mi padre, surgió una mujer en bata de buen ver -la mujer, no la bata-, que me sonrió con franqueza. Contaba con una agradable espetera y, animado, pregunté:

-¿El bar?

La mujer indicó el final del pasillo.

-Ahí, al fondo.

-¿Se puede tomar una copa?

Volvió a sonreír.

-Claro- dijo, y se dispuso a salir del mostrador.

Entonces advertí que, sobre la madera barnizada, además de algún display turístico, se ofrecía una bandeja con cajetillas de tabaco, ordenadas por marcas y origen: rubio, de hebra, nacional o americano.

-¿Puedo?

-Para eso están.

Elegí una de Lucky Strike, marca considerada por entonces el colmo de la sofisticación y, al ir a guardarla en el bolsillo de la chaqueta, la mujer se adelantó:

-¿Me la paga ahora? Son doce cincuenta.

Un veinte por ciento más de lo que costaba en cualquier estanco. Sólo tenía monedas sueltas así que, en vez de andar con la greña de contarlas, preferí sacar el billete de mi padre. Alguna vez habría de cambiarlo. La mujer se sintió anonadada.

-¿Quinientas pesetas? No sé si tendremos bastante... El administrador está sólo por las mañanas. Bueno, démelo, y si toma algo, echamos cuentas.

Me desprendí del papel azul con una sombra de inquietud. Era el primero que había poseído y uno de los escasos vislumbrados en mano ajena. Después, entré en el bar del **Roma** con la mayor de las desenvolturas, o eso creía, para comprobar que allí no había nadie y,

menos todavía, una mujer. El piano era vertical y estaba cerrado. Aun así, me senté y abrí la cajetilla con aire de indiferencia, recortando con cuidado el papel de plata y dando un par de golpecitos para que asomara el pitillo antes de ponerlo en la boca, tal y como viera hacer a gente experimentada.

La misma mujer, que venía dispuesta a servir de camarero, me dio fuego.

-¿Qué va a ser?

-Media combinación.

O sea, vermut con algo de ginebra, una raja de limón y algunas hojitas de yerbabuena; también lo de moda.

Cuando volvió con la bebida, entraba en el bar una pareja al borde de la ancianidad. La mujer se creyó obligada a advertirles:

-Hoy no tenemos pianista.

-¿Y eso?- preguntó el señor.

-Le ha salido una boda.

-Hombre, se avisa.

-No es la primera vez.

-Ya, pero se avisa.

Protestaban en broma, pero la camarera lo tomó al pie de la letra.

-Pues ustedes verán.

-Anda, ponnos el café. El mío cortado, ya sabes.

Los veladores eran bajos y redondos, con espejo en lugar de tablero. La mujer se inclinó para servir mi media combinación junto al obligado barquito de cacahuets. A través del cristal, descubrí una nueva perspectiva, más generosa aún, de sus pechos.

Dos noches después, mi madre trajo la cena y, sin sentarse, comenzó a servir la verdura.

-¿Dónde está Paquita?- preguntó mi padre.

-He tenido que echarla.

Mi hermana ya sabía la respuesta y a nuestro progenitor, por su falta de reacción, pareció traerle al fresco la noticia. Pero yo no estaba en ninguno de ambos casos. Paquita me caía bien; era

graciosilla y meneaba el trasero con aire. Así que pregunté:

-¿Pero por qué?

-Por ladrona.

Mi padre pareció interesarse algo más.

-¿Y eso?

-Me ha birlado los gemelos de la tía Guadalupe, estoy completamente segura.

Tal afirmación final indicaba justo falta de firmeza, y mi padre salió al paso.

-¿Cómo lo sabes?

-A ver quién si no.

Y volviéndose a mi hermana y a mí, añadió:

-Porque vosotros no los habéis tocado, ¿verdad?

-Ya te he dicho que no -respondió mi hermana.

-Yo, tampoco -convine, acallando la vergonzosa reflexión que acababa de hacer por dentro: "Para ese viaje, me los podía haber quedado yo y, además, no habrían salido de casa".

-¿Y qué ha dicho ella?

-Que no sabía de lo que le estaba hablando.

-Pobrecilla, por unos gemelos... -lamentó mi padre.

-Te advierto que eran de nácar -precisó mi madre.

-Aun así -dijo él.

A la tercera vez que me dejé caer por el **letoH** para pedir media combinación y fumarme un Lucky, pues era incapaz de renunciar a la fantasía de encontrar una mujer de bandera necesitada, y pese a estar convencido al mismo tiempo de que nunca aparecería semejante espécimen en un hotelucho como aquél, la camarera decidió aprovechar el sosiego acostumbrado para indagar sobre cliente tan peregrino. Y como yo le preguntara si trabajaba en sesión continua, dado que siempre la veía al pie del cañón, vio el cielo abierto.

-Hombre, tengo mi horario, como todo el mundo. Pero vivo aquí y, claro, pues ya sabe...

-¿Vive aquí?

-Sí. No sé si se habrá fijado en que, bajando a los servicios, hay dos puertas con el letrero "Privado". Una da al cuartucho donde guardamos los trastos de la limpieza, y la otra, la más cercana, al que ocupo yo; otro trasto, si vamos a ver. No me cobran nada pero tengo que estar un poco a la que salta, lo comprende, ¿no?

Lo que comprendí en el acto fue que la ventana de mis desvelos correspondía a un piso bajo, y que ella era, con toda probabilidad, la mujer a quien un día sorprendí dándose gusto. La diferencia de nivel entre ambas calles, la del **letoH** y la de mi casa, pese a formar parte de la misma manzana, había provocado el error. Y las camareras que entraban y salían por las mañanas del cuarto también se trataban, sin duda, de la misma y única persona.

-Me llamo Sole -añadió, como si quisiera facilitar mis deducciones con un nombre.

Yo no fui tan munífico al callar el propio y sustituirlo por una sonrisa de conejo de las mías habituales, pero Sole no pareció caer en la cuenta. El panista entró entonces, abrió el teclado y atacó el primer bolero de la jornada. Y al poco, llegaron los ancianos de costumbre.

-Aquí, la mayoría de los clientes no están casados ni Cristo que lo fundó -dijo Sole de manera un tanto abrupta y bajando la voz-. -Ésos, sin ir más lejos... -y miró de refilón a la pareja- pero se quieren y además, una no es quién, ¿verdad?

-¿No piden ustedes el libro de familia?

-¿Por tomarse un café?

-Me refiero a los huéspedes.

-Ah, bueno, sí, pero vamos..., tampoco...

Hablaba a saltos, sin molestarse en acabar las frases, dando por sabido el nexo de una con otra.

A ratos, como ahora mismo, el pianista canturreaba las piezas, detalle que no llegara al cuarto cuando yo estudiaba.

-*Esta tarde vi llover, y no estabas tú...*

-¿Y ése para quién toca si no le oye nadie?

-Los viejos también son alguien, oiga.

Y tras celebrar su precisión con un risita, explicó:

-Es el ahijado del jefe. Se da maña, aunque apenas cambie de disco y acabe una harta de oírlo. Me da que no es carne ni pescao... - y bajó la voz aún más para añadir- como su tío..., si es que hay tal parentesco.

Aun cuando la expresión resultara nueva para mí, entendí de sobra su significado. Ahora iba a resultar que mi madre llevaba razón

en aquellas viejas sospechas sobre la clase de trigo que crecía en el **letoH**; siempre a partir del estricto sentido moral que la caracterizaba, claro está. Nogales hubiera hablado, en cambio, de **merequetén**.

A decir verdad, en todo este asunto, la autora de mis días sólo habría de equivocarse con la pobre Paquita, como pude constatar pocas fechas después. Esa tarde, la de autos, no vi a Sole tras el mostrador, lo cual no dejó de sorprenderme. Luego, apenas me había acomodado en la butaca de siempre, vino con la media combinación, muy contenta de haberse adelantado a mi pedido. Y, al mirarla a través del espejo de la mesita como tenía por costumbre, acabé topándome con los ojos de ella que hacían otro tanto conmigo.

De pronto, caí en la cuenta de varias cosas. Una, que, a falta de pan buenas son tortas, y que yo, en el fondo, ya no acudía al **amor** en busca de ningún mirlo blanco, sino de la misma Sole. Otra, que ésta pensaba que iba por ella y por nadie más. Con cierta lógica, desde luego, pues el lugar seguía solitario con las excepciones ya conocidas del pianista y la pareja anciana, más un par de fulanos que se pasaron buena parte de otra tarde discutiendo de negocios y firmando papeles.

Al cabo de un buen rato, cuando ya había dado fin a mi combinación, Sole vino con una segunda, tampoco solicitada.

-Por cuenta de la casa.

Estaba claro que no había tal, que era Sole quien invitaba. Se lo agradecí, aunque sin acusarlo en exceso, y ella, tras consultar su reloj de pulsera, colocándose la bandeja bajo el brazo, anunció:

-Bueno, una que ha terminado por hoy. Ahora a la cocina, a cenar, y luego a la piltra, que ya está bien.

A buen entendedor, sobran palabras. Pero, por si acaso yo no lo era, dado el aire de pasmo que gastaba, Sole remachó su mensaje:

-Ojalá hayan arreglado la puerta, que no cierra bien.

Y lanzó una expresiva sonrisa de despedida provisional.

Degusté a sorbitos la nueva combinación, me fumé un par de pitillos y, tras el tiempo prudencial, decidí utilizar los servicios. Entre tanto, el pianista había dado fin al concierto, la pareja de ancianos abandonó su rincón acto seguido, y sólo un cliente asomó desde el pasillo la jeta para ver si quedaba alguien adentro.

Apenas hube empujado unos centímetros la puerta más cercana, Sole se abalanzó sobre mí.

-Dame un beso, precioso mío.

Y antes de que pudiera obedecerla, ya me lo había plantado ella. Un beso a torniquete, con lengua hasta el fondo y mordisqueo de postre.

Sentí miedo, la verdad. Nunca había imaginado tamaño comienzo. Siempre creí que el caballero, el hombre, debía correr con la iniciativa. Aquella falta de prólogo me desarmó y aunque traté de quedar a su altura, no parecí impresionarla. No le concedía importancia a mi afán o, simplemente, descartaba cualquier novedad por parte de un primerizo como yo.

-Dame un minuto, anda -dijo al tiempo que arramblaba con la toalla del lavabo de jofaina y salía al rellano, cuidándose muy mucho de cerrar bien esta vez.

En busca de cierto respiro me acerqué a la ventana. Lógicamente, el patio había girado sobre sí mismo. Lo que ahora tenía enfrente era una vista trasera del edificio donde vivíamos nosotros, mi familia y yo. Los huecos de nuestros cuartos, incluido el de mis padres, me parecieron angostos, casi miserables. La fachada donde se abrían cual ojos pitañosos lucía tremendamente sucia, con desconchados y churretones que caían por el enfoscado desde la terraza y otros, más cortos pero intensos por su componente ferrugíneo, que arrancaban desde el mismo borde de los alféizares. Se veían macetas vacías o con un pequeño arbusto seco, y los colgadores de ropa, desnudos pero salpicados por alguna que otra pinza, cruzaban la fachada cual pentagramas flácidos.

-¿Qué miras?- dijo Sole cuando volvió del retrete, perfumada, sin la toalla y con la blusa abierta.

-Nada.

No iba a decirle que aquella casa de enfrente era donde vivía yo. Aparte del deplorable aspecto, por prudencia, claro.

-Es un patio horrible- dijo ella, como si hubiera leído mi pensamiento. Y se dispuso a bajar la persiana.

-Además -añadió mientras lo hacía-, hay un tío enfrente, un anormal, seguro, que se pasa las horas muertas espiondo. No tendrá cosa mejor que hacer, digo yo.

Me sentí aludido. En forma directa, indirecta o circunstancial, como los complementos gramaticales cuya clasificación conservaba en esos días muy fresca.

-¿En qué ventana?

-El segundo piso debe de ser; la de allá.

No cabía comprobarlo porque la persiana había caído, pero tampoco hacía falta.

-¿Y ahora estaba también?

-Supongo.

Dando por concluido el tema, la mujer añadió antes de volver a echarme los brazos al cuello:

-Ayer seguía, desde luego, porque vi el cigarrillo encendido. Y además, esos anteojos o lo que sean, brillan a oscuras...

-¿Ayer?

Ella asintió, torció la cabeza y me metió la lengua de nuevo.

Ayer hacía casi dos semanas que Paquita ya no estaba en casa. Mi padre era un fumador, como se dice ahora, compulsivo. Y el nácar de los gemelos, aparte de ir engarzado en metal dorado, bien podría brillar a la luz de un pitillo...

-Me gustaste desde el primer momento, cuando resultó que no teníamos cambio. ¡Este hotel es la pera!

Y se rió con desprecio hacia el negocio del que comía. Curiosamente, no era la posibilidad de haber sido descubierto por el progenitor lo que me inquietaba más, aunque tampoco resultaba plato de mi gusto, sino el adverbio temporal usado por ella: ayer.

-Ven, ven, vamos -imploraba entre tanto mi conquista mientras se las arreglaba para despojarme de la chaqueta de mala manera, sin soltarse del todo y empujando nuestros dos cuerpos enlazados, hasta el mismo borde de la cama. Recuerdo, como si eso importara entonces, que cuando me hubo desabrochado incluso la camisa, todo a tirones, y hurgaba ya con afán en la bragueta, no pude dejar de pensar el maltrato sufrido por mi príncipe de Gales.

-¿Pero cómo se puede ir por la vida con un billete de quinientas pesetas? Y encima te reías... No te rías más que me pierdo, ¿eh? Mira que me pierdo...

Traté de cumplir sus expectativas lo mejor que pude en tan extraordinaria situación. El corazón me batía el pecho y no precisamente a causa de la desnudez femenina, tan próxima a la mía, ni por los gestos provocativos que ella desplegabá, algo desaforados a mi entender.

Y en la refriega acabó por escapármeme otra mirada a la ventana cerrada, principio y seguramente fin de todo aquello. Mirada que Sole atribuyó a simple desinterés por la faena en común.

-Pero ¿qué pasa? ¿No te gusto?

He olvidado mi respuesta. Espero no haber recurrido a una de aquellas sonrisas que un momento antes le parecieran gachonas y que yo he detestado siempre por cuanto denotan debilidad. En cambio, recuerdo muy bien el miedo que se me vino a la cabeza, o al corazón, de que ella pudiera emparentarme con el pianista y su pretendido padrino.

Poco después, Sole, plegando los labios y enarcando las cejas, en un gesto insufrible para cualquier varón que se precie, vino a resumir el incidente:

-¡Pues vaya chasco, hijo mío! Un mozo como tú, con dieciocho años...

-Diecisiete.

-Peor me lo pones. Cuanto más joven, más ganas se tienen, ¿no?

Y luego, el puyazo final:

-Yo que tú, iría al médico.

Así, de un solo golpe, de una tacada como quien dice, había experimentado lo que significa fracasar con la primera mujer que se te entrega, justo cuando más la deseas, encima; me sentía descubierto en tamaño lance por el cabeza de familia nada menos, y acababa de conocer la verdadera catadura moral de un padre.

Temí no llegar a rehacerme nunca de tanto. Jodida vecindad la del **amor letoH**.